

LOS HEDONISTAS TAMBIÉN ORAN

“Hedonismo: Doctrina que proclama el placer como fin supremo de la vida.” Tal es la definición que el Diccionario de la Real Academia Española ofrece acerca de este vocablo. El lema del hedonista es que ‘la vida es para gozarla’. Sentir placer es el propósito principal de su existencia. Con tal de experimentarlo, está dispuesto a echar a un lado muchas cosas. Las decisiones del hedonista son tomadas por el placer que las diferentes opciones le brindan. Mientras más placer prometa algo, más se inclinará la balanza hacia ello.

Es cierto que hay personas más hedonistas que otras. Pero hay otra afirmación igualmente cierta: todos nacemos con algo del hedonismo en nosotros. Puede que el hombre no formule su filosofía de vida en términos de artículos y declaraciones, pero tanto su práctica como sus motivaciones más internas hablan de principios hedonistas arraigados en el alma. Es por esto que aun en nombre de Dios las personas llegan a externar los anhelos más contrarios a la voluntad de nuestro Creador. Llegan tan lejos, que piden al Dios Altísimo que sancione y ratifique sus instintos más bajos. Pero Dios se niega a identificarse con semejantes pasiones: “Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites” (Sant.4:3). Ellos están dispuestos a presentar su causa delante de Dios. Los hedonistas también oran.

No obstante, en su misericordia, Dios no satisface tales oraciones. Muchas veces Dios posterga la respuesta a nuestras oraciones; otras veces ignora nuestras peticiones. Y podríamos ser tentados a pensar que recibir ese tipo de respuesta es una de las cosas más adversas que le pueden ocurrir a uno que ora. Sin embargo, hay algo peor que orar y no recibir respuesta de Dios. Es mucho peor recibir lo que pedimos en contra del agrado del Señor y como castigo. ¿Cómo? ¿Y existe semejante cosa, de que Dios responda una oración a modo de castigo? Nuestra respuesta es un rotundo ‘sí’. En la Biblia tenemos varios ejemplos de oraciones que Dios respondió... pero como un castigo para sus suplicantes. Consideremos tres de estos ejemplos:

El Pueblo de Israel Pide Carne en el Desierto.

“Se entregaron a un deseo desordenado en el desierto; y tentaron a Dios en la soledad. Y él les dio lo que pidieron; mas envió mortandad sobre ellos” (Sal.106:14-15).

Este es uno de esos salmos que narran aspectos de la historia del pueblo de Israel con el fin de destacar tanto la gran misericordia del Señor y sus obras portentosas, como la infidelidad de un pueblo que había recibido tantos beneficios.

En un desierto tan agreste como el que cruzaron los israelitas, cubrir las necesidades de un pueblo tan numeroso era prácticamente imposible. Es por esto que Dios les provee tanto de agua como de comida para su subsistencia. En Éxodo 15 Dios convierte aguas amargas en dulces, y luego les guía a un lugar donde había doce fuentes de aguas. Pero el pueblo era sobremanera quejoso y murmuraron contra Dios: “Y les decían los hijos de Israel: Ojalá hubiéramos muerto por mano de Jehová en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos a las ollas de carne, cuando comíamos pan hasta saciarnos; pues nos habéis sacado a este desierto para matar de hambre a toda esta multitud” (Ex.16:3). Es entonces cuando Dios les envía el maná, un alimento que nunca les faltó mientras anduvieron por el desierto—un alimento preparado por Dios para darles toda la energía que necesitaban para cruzar el desierto. Pero Dios toma la murmuración del pueblo como una forma de menosprecio hacia Él (v.8).

El pueblo perseveró en esa actitud murmuradora a lo largo de todo el camino. El evento al que el Salmo 106:15 hace referencia, es el momento cuando el pueblo pidió comer carne. Pero no fue una petición respetuosa. La súplica no vino acompañada de gratitud por todo el cuidado que el Señor había mostrado hacia ellos. Los hedonistas empezaron a exigir comer carne, y lo hicieron con insistencia. En Números 11 se nos narra que hasta lloraron del grande y vivo deseo que tenían. Exageraron en cuanto a las supuestas bondades de su condición pasada en Egipto (v.5) y exageraron acerca de sus calamidades presentes (v.6). Y esto produjo que la ira de Dios se encendiera en contra de ellos (v.10).

¿Cuál fue el resultado? ¿Les negó el Señor lo que pedían? No, antes bien los complació: “Les dio lo que pidieron; mas envió mortandad sobre ellos” (Sal.106:15; comp. Núm.11:18 20, 31-34). “Comieron, y se saciaron;

les cumplió, pues, su deseo. No habían quitado de sí su anhelo, aún estaba la comida en su boca, cuando vino sobre ellos el furor de Dios, e hizo morir a los más robustos de ellos, y derribó a los escogidos de Israel” (Sal.78:29-31).

He aquí un ejemplo elocuente de una petición contestada... como castigo. Veamos otro ejemplo.

El Pueblo de Israel Pide un Rey.

“¿Dónde está tu rey, para que te guarde con todas tus ciudades; y tus jueces, de los cuales dijiste: Dame rey y príncipes? Te di rey en mi furor, y te lo quité en mi ira” (Oseas 13:10-11). El profeta Oseas hace referencia aquí a los eventos de 1 Samuel 8. A pesar de que Samuel manifestó su desagrado ante la propuesta (v.6), el pueblo insistió en su deseo que tener una forma de gobierno semejante a la de las demás naciones (vv.5, 9-20). ¿Y cómo vio Dios esa petición? La tomó como una causa de ofensa personal. “No te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos” (v.7; ver 1 Sam.10:19). Este hecho nos recuerda las palabras de Jeremías: “Porque dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua” (Jer.2:13).

El Señor les advierte por medio de Samuel de todas las consecuencias que les sobrevendrían de dar ese paso, y sin embargo persistieron en su postura—una señal inequívoca de alguien que ha sido atrapado por sus pasiones y deseos. Dios instruyó a Samuel para que manifestara públicamente al pueblo su desacuerdo con la petición (v.9). Pero los ‘complació’ punitivamente. “Y Jehová dijo a Samuel: Oye su voz, y pon rey sobre ellos” (v.22).

Es así como entran en escena reyes como Saúl y Jeroboam. El puritano Jeremiah Burroughs hace un análisis con un catálogo de 26 características negativas en Saúl y 21 en Jeroboam. Ellos fueron sólo parte de la respuesta de Dios a la petición insistente que el pueblo hizo al Señor (A Commentary on the Prophecy of Hosea, pp.572-574).

Una vez más vemos una petición contraria a la voluntad de Dios, hecha con insistencia. Y una vez más vemos a Dios complaciendo el deseo de ellos... como castigo. El pueblo pensó que un nuevo sistema de gobierno, un poco de cambio, sería la solución a todos sus problemas. Pero les fue mal. Sus deseos y el afán por la novedad los traicionaron.

El Pueblo de los Gadarenos le Pide a Cristo que se Vaya.

“Entonces toda la multitud de la región alrededor de los gadarenos le rogó que se marchase de ellos, pues tenían gran temor. Y Jesús, entrando en la barca, se volvió” (Lucas 8:37)

Cristo ha hecho un milagro sorprendente en Gadara. Un hombre estaba poseído por muchos demonios, y Él lo salvó. El hombre que fue sanado reconoció la grandeza de Cristo y quiso seguirle. Incluso los demonios reconocieron la identidad del Señor como el hijo de Dios. Pero los habitantes de Gadara no estaban tan impresionados. En lugar de ellos postrarse ante Jesús, lo que hicieron fue pedirle que se fuera. ¿Por qué? Aparte del temor que sintieron, es posible que el problema fuera que Cristo les había dañado el negocio. Es muy probable que esta localidad fuera una comunidad criadora de cerdos. Y al ver su ‘todo’ irse por la borda, le suplican al Señor que se vaya.

Es interesante notar que estas personas no tenían el ánimo de pelear con Cristo. No se burlaron de Él. No le persiguieron para matarlo. Lo único que le pidieron fue que se marchara. No tenían ningún interés en sus enseñanzas ni en sus obras. “Vete; no nos interesas.”

Fue la petición más loca y necia que jamás hicieron en sus vidas. El momento en que rechazaron a Cristo, fue el momento más funesto de estas personas. Ni el momento de su nacimiento, ni lo que hicieron durante la niñez, ni lo que aprendieron culturalmente en su juventud, nada se podía comparar con la importancia de la decisión que tomaron en ese momento. Y ahora, después de dos mil años en el infierno, si hay algo que les martilla en sus corazones fue que tuvieron a Cristo tan cerca, y sin embargo le pidieron que se fuera... Y Cristo se fue.

En aquel momento Jesús era una intrusión en sus vidas. No tenían el ánimo ni el deseo de que Dios controlara sus vidas. Él era su única esperanza en la vida... y lo despreciaron. Lo desecharon como inservible para sus intereses. Si el endemoniado estaba loco, más locos actuaron ellos con esto que hicieron. Estaban consumidos con sus propias vidas. Tenían que trabajar tanto para llevar el sustento a sus casas, que no tenían tiempo para Dios. El que un hombre había sido restaurado no se podía comparar en importancia con el estilo de vida que ellos querían llevar—sin estorbos religiosos.

¡Qué terrible! Hay veces en las que Dios complace los deseos descabellados de los hombres. Le piden a Cristo que se vaya de sus vidas, y Él se va. ¡Oh, que esto no pase con ninguno de mis lectores! ¿Puede haber una maldición mayor que ésta? Hay algo mucho peor a no recibir respuesta de Dios: cuando responde a modo de castigo. De esto habla el apóstol Pablo en Romanos 1:28: “Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen” (1:28).

La gente piensa que son ellos los que abandonan a Dios. Es Dios que los abandona a ellos. Y el punto más trágico de esto es el descrito por el Señor cuando dice que los impíos serán apartados y arrojados al lago de fuego. “Apartaos de mí”, dirá Cristo, y será demasiado tarde para muchos, y quedarán excluidos de la presencia del Señor (2 Tes.1:8).

No permita que nada en el mundo ponga obstáculo entre usted y Dios. Nada de lo que obtenga o disfrute en esta vida podrá compensar lo que será la pérdida del alma. “Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará. Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiera su alma? (Mr.8:35-36).

Estos ejemplos de la historia bíblica deben llevarnos a examinar nuestros deseos. Lo primero que tenemos que preguntarnos es si son conforme a la voluntad de Dios, pues insistir tras deseos desordenados es tentar a Dios.

Los hombres asumen que cuando reciben algo bueno, es porque Dios tiene la intención de hacerles bien con eso, de satisfacer sus deseos y placeres. Malinterpretan a Dios. Nunca consideremos que algo es bueno porque tiene éxito. La gente dice: “Dios me está abriendo las puertas; me está yendo bien.” ¿Están seguros que es Dios? El diablo sabe ofrecer prosperidad. Le ofreció el mundo a Cristo cuando le tentó. ¿Es tu deseo agradable o desagradable al Señor? Si te concede el anhelo de tu corazón, ¿lo hará en ira o en amor?

Ora por la virtud del contentamiento. Entendamos que Dios, al negarnos ciertas cosas está siendo misericordioso, y que a otros los ha complacido en su ira. Moderemos nuestros deseos, para que estos no nos traicionen. Procura aquellas cosas que Dios sólo puede dar en amor—sean éstas bendiciones temporales o eternas. ¿Qué dice la divina Escritura?

“Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto. Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores” (1 Tim.6:8-10).

Es necesario que aprendamos de la historia. “Mas estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no codiciemos cosas malas, como ellos codiciaron... Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y perecieron por el destructor. Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos. Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Cor.10:6-12).

Y finalmente, amigo lector, jamás se le ocurra pedirle a Cristo que se vaya de su vida. Cuidado con considerarle un intruso con sus anhelos e intereses, porque Dios sabe complacer tal tipo de peticiones. En lugar de ello, pídale a Cristo que se quede. Ruéguete que habite en su corazón. Deseche el pecado y aférrate a Cristo.

Por Salvador Gomez Dickson